

2) Página lírica

de Gabriela Mistral

DOLOR

A su sombra.

LOS SONETOS DE LA MUERTE

I

Del nicho helado en que los hombres te
[pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no
supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma
[almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de
[rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas
[hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de
[ninguna
bajaré a disputarme tu puñado de huesos!

II

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere
[seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de
[vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto
[totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Sólo entonces sabrás el porqué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros
[había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

III

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su
[plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor:—«Por las sendas
[mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben
[guiar!

¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de
[tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor».

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes,
Señor!

INTERROGACIONES

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los
[suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienas
[vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos
[orientadas?

¿O Tú llegas después que los hombres se
[han ido,
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
y entrecruzas las manos sobre el pecho
[callado?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa
¿no le pinta a sus rosas unas formas de
[heridas?
¿no tiene acre el olor, siniestra la belleza
y las frondas menguadas de serpientes
[tejidas?

Y responde, Señor: cuando se fuga el alma,
por la mojada puerta de las hondas heridas,
¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en
[calma
o se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno
[suyo?
¿El éter es un campo de monstruos florecido?
¿En el pavor no aciertan ni con el nombre
[tuyo?
¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?

¿No hay un rayo de sol que los alcance un
[día?

¿No hay agua que los lave de sus estigmas
[rojos?
¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído fino y apretados tus ojos?

Tal el hombre asegura, por error o malicia;
mas yo, que te he gustado, como un vino,
[Señor,
mientras los otros siguen llamándote
[Justicia,
no te llamaré nunca otra cosa que Amor!

Yo sé que como el hombre fué siempre
[zarpa dura;
la catarata, vértigo; aspereza, la sierra,
Tú eres el vaso donde se esponjan de
[dulzura
los nectarios de todos los huertos de la
[Tierra!

LA ESPERA INUTIL

Yo me olvidé que se hizo
ceniza tu pie ligero,
y, como en los buenos tiempos,
salí a encontrarte al sendero.

Pasé valle, llano y río
y el cantar se me hizo triste.
La tarde volcó su vaso
de luz y ¡tú no viniste!

El sol fué desmenuzando
su ardida y muerta amapola;
flecós de niebla temblaron
sobre el campo. ¡Estaba sola!

Al viento otoñal, de un árbol
crujieron los secos brazos.
Tuve miedo y te llamé:
«¡Amado, apresura el paso!

Tengo miedo y tengo amor,
¡amado, el paso apresura!»
Iba espesando la noche
y creciendo mi locura.

Me olvidé de que te hicieron
sordo para mi clamor;
me olvidé de tu silencio
y de tu cárdeno albor;

de tu inerte mano torpe
ya para buscar mi mano;
¡de tus ojos dilatados
del inquirir soberano!

La noche ensanchó su charco
de betún; el agorero
buhó con la horrible seda
de su ala rasgó el sendero.

No te volveré a llamar,
que ya no haces tu jornada;
mi desnuda planta sigue,
la tuya está sosegada.

Vano es que acuda a la cita
por los caminos desiertos.
¡No ha de cuajar tu fantasma
entre mis brazos abiertos!

LA OBSESION

Me toca en el relente;
se sangra en los ocasos;
me busca con el rayo
de luna por los antros.

Como a Tomás el Cristo,
me hunde la mano pálida,
por que no olvide, dentro
de su herida mojada.